

La paradoja de la violencia en los Estados Unidos: una perspectiva histórica*

The paradox of American Violence:
A historical appraisal

Hugh Davis Graham**

Johns Hopkins University
Traducido por Diego Osorio Cáceres***
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

El artículo presentado aquí es resultado de un trabajo más interpretativo que empírico. Se intenta explicar en éste la paradójica conclusión, desarrollada en el libro *La Violencia en América* —y sustentada por datos comparativos a nivel nacional— que señala que la historia de los Estados Unidos ha estado marcada por la violencia, sin embargo, gracias a la vitalidad de las instituciones públicas, ésta se ha mantenido en niveles seguros.

Cuatro aspectos particulares de la experiencia norteamericana aducen a explicar respectivamente, primero, por qué la violencia en los Estados Unidos ha sido ampliamente desviada de las instituciones públicas, y segundo, por qué la estructura social de los Estados Unidos y sus procesos han sido particularmente conducentes a la violencia. Estos aspectos son: 1) la estructura política liberal-federal de los Estados Unidos y la estructura económica capitalista; 2) una pluralidad racial y étnica sin precedentes; 3) la riqueza; y 4) el carácter nacional y los valores, y, especialmente, cómo estos son reflejados en el compromiso de igualdad, el precepto de autoridad y el conflicto entre libertad e igualdad.

Concluye este artículo con una breve crítica de dos recientes, populares, y, sin embargo, contradictorias teorías que proponen explicar la violencia colectiva: en la derecha

* Publicado originalmente con el título *The paradox of American Violence: A historical appraisal* en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 391, Collective Violence (Sept. 1970), pp. 74- 82.

** Hugh Davis Graham., Ph.D, es profesor Asociado de Historia en la Johns Hopkins University y Director Asistente del Institute of Southern History. Es autor de *Crisis in Print* (1967), co-editor de *Violence in America* (1969), y editor de *Huey Long* (1970). Durante 1968 y 1969 fue codirector de la Fuerza de Tareas Conjunta, Histórica y Comparativa de la Comisión Nacional para el Estudio de las Causas y la Prevención de la Violencia. Igualmente fue premiado para el período 1970-1971 con una Beca Guggenheim.

*** Estudiante de pregrado en Sociología, Universidad Nacional de Colombia.

daosorioca@unal.edu.co

ideológica, la noción de que la agresión humana es una consecuencia instintiva de la evolución; en la nueva izquierda, la acusación moral que señala que las élites han conspirado represivamente para defender privilegios.

Abstract

This paper is interpretive rather than empirical. It attempts to explain the paradoxical conclusion, advanced in *Violence in America* and sustained by cross-national comparative data, that America's history has been replete with violence, but that our vital public institutions have remained remarkably stable. Four relatively unique aspects of the American experience are adduced to explain, first, why American violence has been largely reflected from our vital public institutions, and second, why the American social structure and processes have been particularly conducive to violence. These four are: 1) the liberal-federal political structure and capitalistic economic structure; 2) unparalleled racial and ethnic pluralism; 3) affluence; and 4) the national character and values, especially as reflected in the commitment to equality, the taboo on authority, and the conflict between liberty and equality. It concludes with a brief critique of two recently popular yet contradictory theories that purport to explain collective violence: on the ideological right, the notion that human aggression is an instinctive consequence of evolution; on the new left, the moral indictment that elites have conspired repressively to defend privilege.

Es hoy un lugar común observar que la historiografía norteamericana ha sido ampliamente tildada por sus “esquemas limitados y autocomplacientes”. El consenso que predominó entre los historiadores y en sus respectivos trabajos durante los denominados “Complacientes 50's” elogió la singularidad y carácter único norteamericano, así como los corolarios míticos de la asimilación individual y el progreso pacífico —con un dejo reminiscente de Bancroft¹—; y generalmente la ideología conservadora implícita a este consenso justificaba la Guerra Fría como una proyección tardía del Destino Manifiesto. Luego vino el “contagio de violencia” que irradió a la Nación durante la década de 1960, y con ella el resurgimiento del radicalismo y el desafío de la “Nueva Izquierda”. Los historiadores fueron impulsados a revalorar su historia a la luz de la “agitada” nueva era, y desde el problema de los antecedentes de la Violencia-no-militar —o por lo menos su popularidad fue relativamente nueva—, así pues, muchos de los viejos libros tenían poco que decirnos al respecto.

Mientras esta nueva —y a la vez notable— preocupación por la historia de la violencia en los Estados Unidos tendía —por inherencia propia— a compensar las tendencias autocomplacientes o miopes del pasado, el peligro residía en que los historiadores estadounidenses podrían reevaluar el significado de su pasado a la luz de nuevos problemas, pero confinados en los viejos esquemas limitados. Si la esencia de las Ciencias Sociales es la comparación, el nuevo problema invitaba, no sólo a una comparación histórica o vertical, —v.gr. ¿en qué medida

1. George Bancroft (1800-1891). Historiador estadounidense, escritor de *Historia de Estados Unidos*.

nuestro pasado ha sido más o menos violento que nuestro presente?—, sino también a una comparación horizontal o de comparación entre naciones —v.gr. ¿cómo tenemos unos patrones de violencia que pueden ser comparados con los de otras sociedades?—.

La fuerza de tareas conjunta en el estudio de la violencia

Esta convicción de que la principal perspectiva sobre el tema partiera desde un enfoque basado en la confluencia entre la dimensión vertical del análisis histórico y la dimensión horizontal de la comparación entre naciones, guió el diseño de la investigación de la *Fuerza de Tareas Conjunta, Histórica y Comparativa* de la Comisión Nacional para el Estudio de las Causas y la Prevención de la Violencia, de la cual fui codirector junto con Ted Robert Gurr, un politólogo. En nuestro reporte, *La Violencia en América*², no sólo recabamos en varias categorías de Violencia —v. gr. fronteriza³, laboral, racial y étnica, crímenes violentos, protestas antiguerra—, sino que también se realizaron comparaciones entre naciones que, aunque carecen de una profundidad histórica, fueron particularmente reveladoras de la paradójica relación entre una incidencia alta de la violencia en Estados Unidos, en comparación con otras naciones y, al mismo tiempo, la relativa estabilidad de las instituciones que han mitigado la severidad de nuestra violencia.

Un estudio comparativo entre distintos países sobre violencia política en los últimos 20 años concluye que cuando se pondera la frecuencia con que se dan los actos violentos, los Estados Unidos ocupan el puesto 14 entre 84 países⁴. Aun cuando el mayor criterio para el estudio es la intensidad de todas las manifestaciones de inestabilidad política, violenta o no, los Estados Unidos se ubicaban por debajo de la media, ocupando el lugar 46 entre 84 naciones. Una comparación más detallada de las características de las luchas civiles en 114 naciones y colonias en la década de 1960, concluye que en la magnitud total de la lucha, los Estados Unidos ocupan el primer lugar entre 17 democracias occidentales y ocupan el lugar 24 en toda la muestra⁵. De nuevo, y como reflejo de la estabilidad relativa de la estructura social estadounidense, la mayoría de quienes participaron en las marchas y motines en los Estados Unidos estaban protestando, en lugar de rebelarse o hacer parte de la violencia organizada. Como consecuencia, a pesar de que

2. Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr (eds.). *Violence in America: Historical and Comparative Perspectives 2*, Washington, D. C. : U.S. Government Printing Office, 1969).
3. Es decir, aquella violencia producida en los territorios fronterizos de los Estados Unidos.
4. Ivo K. Feierabend, Rosalind L. Feierabend, y Betty Nesvold, "Social Change and Political Violence: Cross-National Patterns". En: *Violence in America 2*, pp. 497-542.
5. Ted Robert Gurr, "A comprehensive Study of Civil Strife", En: *Violence in America 2*, pp. 443 - 496.

cerca de 220 estadounidenses murieron en conflictos civiles violentos en los 5 años previos a 1968, el índice de 1.1 muertes por millón de habitantes estaba por debajo de la media, si es comparado con el promedio de todas las naciones y colonias de 238 muertes por millón, y era también menos de la mitad que el promedio europeo de 2.4 muertes por millón.

Si nuestro reporte documentó esta paradójica relación y catalogó una agitada historia que nuestra recolección selectiva había previamente ocultado, falló en explicar adecuadamente por qué nuestros consistentemente altos niveles y letales movimientos de violencia colectiva han sido desviados de nuestras instituciones vitales. Nosotros, los historiadores, amamos las paradojas, pero por su naturaleza misma no explican nada.

La paradoja considerada

Cualquier paradoja debe contener dos afirmaciones ostensiblemente contradictorias, en este caso, que el pasado estadounidense ha estado lleno de violencia, por una parte, y, por otra, que la estabilidad y continuidad de las instituciones públicas vitales estadounidenses han sido extraordinarias. ¿Cómo podemos dar cuenta de esto?

Permítanme considerar estas afirmaciones en sentido inverso. Una plausible —aunque parcial— razón por la que la violencia no ha sido dirigida en contra de las instituciones públicas en los Estados Unidos, al grado en el que otras naciones pueden hacerlo (hasta un período reciente) es debido a que, dada la estructura federal y capitalista, las instituciones estatales han tenido históricamente menos importancia que las instituciones privadas o que las instituciones públicas en otras sociedades. El capitalismo debilitó al obrero frente a la industria, a los granjeros frente al ferrocarril o frente a un sistema impersonal de mercado. Tengamos en cuenta nuestra larga y agitada historia de conflictos fronterizos y agrarios: los Paxton Boys, los alborotadores de Nueva Jersey, el movimiento antirrentista de Nueva York; los Reguladores de Carolina del Norte, los Gorros Blancos de Nuevo México, las rebeliones del whiskey, los Clubes Occidentales de Reivindicaciones, las cooperativas de tabaco de Kentucky, la rebelión del maíz verde, los socialistas de Oklahoma, la asociación de granjeros —la lista se extiende desde Nathaniel Bacon hasta César Chávez⁶ (excluyendo los nativos americanos)—. Aunque la mayor parte de la violencia agraria y fronteriza no era dirigida hacia el Estado, cuando raramente lo era, ésta era rápidamente puesta bajo control. Nuestra historia obrera, aunque más antigua, es más sangrienta. Es cierto que frecuentemente el Estado ha facilitado su Guardia Nacional y, ocasionalmente, tropas federales para apoyar a los industriales, igualmente, que la policía y los alguaciles como agentes del Estado raramente son neutrales. Pero

6. Véase Richard Maxwell Brown, “Historical Patterns of Violence in America”, En: *Violence in America 1*, pp. 35-64. Las 156 referencias de Brown constituyen una bibliografía comprehensiva de la literatura histórica referida a la violencia en los Estados Unidos.

los crímenes asociados con Molly Maguires, Homestead, Couer D'Alene, el Hoyo Negro de Ludlow y Gastonia no fueron inicialmente dirigidos hacia o por el Estado. Fue el Juez Gary, y no el Presidente Cleveland o el Departamento de Justicia, quien enfureció a los obreros del acero declarando que nunca verían un horno destruido hasta el día de su muerte.

Existen, por supuesto, excepciones notables. Para los indígenas norteamericanos⁷ el Estado era devastadoramente importante, al igual que para los esclavos y en menor medida para los mormones. Pero las guerras de los indígenas norteamericanos estaban lejos de las instituciones públicas, las rebeliones de los esclavos fueron pocas e improductivas, y los mormones tuvieron que modificar una de sus peculiares instituciones para adecuarse a las prescripciones de un Estado monógamo. Las excepciones más llamativas fueron indudablemente la Revolución y la Guerra Civil⁸. Pero sus circunstancias fueron tan raras que, resultaron crucialmente importantes, éstas cambiaron la mirada rutinaria de la violencia en América —y en cualquier situación— el Estado y sus instituciones dominantes, con la excepción crucial de la posesión sobre los esclavos, emergieron fuertemente fortalecidos de ambas conflagraciones.

Una segunda razón de por qué el movimiento de la violencia estadounidense ha sido separado o desviado de las instituciones vitales de la nación, se debe a una pluralidad racial y étnica sin precedentes. Consideremos cuánta de nuestra violencia colectiva ha sido intergrupala, y cuán frecuentemente las frustraciones de grupo han generado agresiones desplazadas hacia “chivos expiatorios” raciales o étnicos: los que Nada-Saben (The Know-Nothings) y la Asociación de Protección Americana, las marchas antiabolicionistas, los disturbios de irlandeses en contra de los negros en Nueva York en 1863; los castigos del primer y tercer Ku Klux Klan, y, por lo menos, la retórica del secundo Klan; el predominante linchamiento de los negros del sur; el ataque de los occidentales a los orientales; los masivos disturbios urbanos de blancos en Harlem y la destrucción simbólica de propiedades en post-Harlem. Quizás esos irlandeses de Nueva York en 1863 —lógicamente— debieron haber protestado por un reclutamiento desigual, atacando al gobierno, pero hacer eso hubiese sido un acto suicida. Muy recientemente, ningún grupo racial o étnico ha sido lo suficientemente numeroso o estratégico como para ubicarse en una agresión frontal y sería contra el Estado. Esto, por supuesto, no aplica para los angloamericanos, pero el comportamiento del Estado está lejos de estar en contra de sus intereses.

Una tercera razón ha sido la riqueza estadounidense. Mucho podría decirse al respecto, ya que sabemos que la riqueza ha sido distribuida

7. Se ha preferido usar la acepción “indígenas norteamericanos” en lugar de “indios”, para la palabra inglesa “Indian” e “Indians”, dada la significación peyorativa que para el castellano supone la palabra “indio” [N. del T.].

8. Se refiere a la Revolución Americana o Guerra de Independencia de los Estados Unidos y la Guerra de Secesión [N. del T.].

inequitativamente y que estas inequidades económicas pueden generar protestas violentas. Pero también sabemos que en las sociedades que se caracterizan por una pobreza abyecta y unas expectativas mínimas es poco probable que se generen revueltas o revoluciones. No obstante, los estudiosos del voto estadounidense y del comportamiento electoral en Estados Unidos han concluido que el incremento en la riqueza nacional ha sido paralelo a un debilitamiento en la participación de los votantes, a tal magnitud, que sólo dos terceras partes de los estadounidenses aptos para votar se abstienen de hacerlo aun en las elecciones presidenciales. Contrastemos esto con el considerablemente alto porcentaje de votantes que caracteriza a las empobrecidas naciones latinoamericanas, en donde la relación de aquellos con el poder es bastante crucial para vivir y donde la violencia y la inestabilidad política son endémicas. Aparentemente la prosperidad, así como la pobreza, pueden generar apatía. Esto implica que esos millones de americanos que no se han preocupado lo suficiente por la política pública como para votar, no son candidatos probables para ataques contra el gobierno; y, por supuesto, con aquellos que votan, igualmente, es poco probable que tomen alguna acción similar.

Una cuarta razón está muy relacionada con las características económicas discutidas previamente. El beneficio o resultado del progreso material estadounidense ha sido reafirmado por la fe en la legitimidad del sistema y honrado por las instituciones dominantes del Estado. Ha sido una fe de una tremenda tenacidad con fuertes raíces en la sabiduría de los fundadores y en los mitos del Sueño Americano de la Nueva Jerusalén, de una ciudad en una Colina, el fetiche de la adoración a la constitución, de “la miseria a la riqueza”, de “la cabaña a la Casa Blanca”, el hierro, las agrupaciones conservadoras en el consenso liberal —en lo que Daniel Boorstin ha llamado el sentido de “ofrecimiento” de las instituciones estadounidenses⁹—.

Para apreciar la ubicuidad de esta fe nacionalista, para reconocer su asombroso poder, no es necesario elogiar lo que hicieron Boorstin y el consenso de los historiadores. Desde la perspectiva de nuestra era más “cínica”, qué sorprendente es contemplar la base histórica de millones de americanos negros, quienes en toda su vida —por siglos— han sido cruelmente burlados.

9. Daniel J. Boorstin, *The Genius of American Politics*. Chicago: University of Chicago Press, 1953. Boorstin ha sido citado permanentemente como representante del consenso en los historiadores americanos. Véase también David M. Potter, *People of Plenty*. Chicago: University of Chicago Press, 1954; y Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1955. La traducción en castellano fue titulada *La tradición liberal en los Estados Unidos: Una interpretación del pensamiento político estadounidense desde la Guerra de Independencia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

El Estado europeo comparado

El Estado europeo, carente de una sanción amplia a tal fe secular, se caracteriza por un pasado feudal, generalmente dotado con un poder mayor y más centralizado, y cuya población ha sido menos dividida por la heterogeneidad racial y étnica, pero ha sido más vulnerable a la violencia colectiva, o más dados a la destrucción, al totalitarismo y a la autodefensa. En Europa, Charles Tilly ha identificado la evolución de tres formas básicas de violencia colectiva¹⁰. La primera, la “violencia primitiva”, se caracterizó por unos objetivos difusos y apolíticos, y se basaba en las formas de organización comunitaria que producían pueblos apolíticos y enfrentamientos entre gremios, al igual que ataques recíprocos entre grupos religiosos hostiles y entre los campesinos. En América, las revueltas en los puertos coloniales, las rebeliones de los esclavos, los feudos familiares, los enfrentamientos de pueblos, los asaltos y linchamientos en la frontera y las guerras entre los pastores y los ganaderos, tienen parte de ese carácter comunal y primitivo. Pero, careciendo de un pasado feudal —con excepción de la improductiva “Ilustración reaccionaria” (*Reactionary Enlightenment*) del Sur— la “violencia primitiva” en Estados Unidos tiene una historia más trunca y ha sido menos dominante que la de Europa.

La segunda categoría de Tilly es la “violencia reaccionaria”:

Los disturbios reaccionarios son usualmente en pequeña escala, pero se generan en grupos comunitarios o de miembros débilmente organizados en la población, contra los representantes y aquellos quienes tienen y ejercen el poder, estos grupos tienden a incluir en sus argumentos una crítica de la forma en que el poder es ejercido. La ocupación forzosa de los campos y tierras de los que no tienen tierra, las revueltas contra del recaudador de impuestos, la rebelión antireclutamiento, las revueltas por la comida, y el ataque a las maquinas fueron en Europa occidental la forma más frecuente de una violencia colectiva reaccionaria. El término “reaccionario(a)” se aplica a estas formas de violencia colectiva porque sus partícipes comúnmente reaccionan a algún cambio que perciben como un detrimento de los derechos de los que alguna vez se han beneficiado; están pues, mirando atrás.¹¹

10. “Collective Violence in European Perspective”. En: *Violence in America 1*, pp. 5-34.
11. “Collective Violence in European Perspective”. En: *Violence in America 1*, pp. 14. La tercera categoría de Tilly: “la violencia moderna” está fundamentada en una amplia base de asociaciones que conducen actividades de gran escala, y que no son intrínsecamente violentas, como las huelgas o las manifestaciones. Así mismo, provee líderes con una gran capacidad de autoridad en la defensa de derechos que se consideran vulnerados, y que por tanto no son disfrutados. Los modernos movimientos por los derechos obreros y los derechos civiles en Estados Unidos son ejemplos obvios.

Es en este nivel en el que las diferencias entre la violencia en Estados Unidos y la europea son mayores; en particular, porque la “representatividad de aquellos que ejercen el poder” en Europa fue muy a menudo característica del Estado y de sus instituciones públicas, que lo que ha sido en el caso de los Estados Unidos. Nosotros tuvimos las Rebeliones del Whiskey —en efecto—, pero en Estados Unidos ha sido mucho más predominante la violencia, racial, étnica y económica, así como la naturaleza interna y extrapolítica de los grupos, cuestión que se ha discutido anteriormente.

¿Y por qué hemos tenido tanta violencia en los Estados Unidos? Teóricamente, en una república democrática la violencia no sería necesaria ni tolerada. De acuerdo con nuestros textos cívicos, nos hemos cohesionado por medio de “amnesia histórica” para alimentar el mito familiar de “todo lo que se mezcla en una olla”, y como asimilación de un progreso pacífico. Ahora que nos estamos volviendo conscientes de nuestro pasado violento, ¿cómo damos cuenta de éste?

Los cuatro factores reflexionados

Uno podría empezar a explicar esto, reconsiderando la influencia de estos factores previamente expuestos y explicando por qué la violencia en los Estados Unidos ha sido desviada de las instituciones públicas vitales: la estructura federal y capitalista, la pluralidad étnica y racial, la riqueza y el credo estadounidense, como un reflejo del nuestro carácter nacional. En una sociedad tan capitalista como la nuestra se le han otorgado a las manos privadas grandes poderes para conferir recompensas o sanciones, en ausencia de un estado poderoso equipado con controles físicos suficientemente rápidos y efectivos para castigar la agresión, las fuentes privadas del poder económico se han convertido en los “pararrayos” que atraen las protestas. ¿Y cómo se originaron estos “pararrayos”? En gran parte, por la competencia de clases, étnica y racial para alcanzar la fortuna prometida. Como una sociedad pluralista, probablemente la sociedad más pluralista del mundo, Estados Unidos ha sido especialmente vulnerable a la frustración o a la no-realización de las expectativas, porque históricamente nosotros hemos usado el proceso político de generación de demandas a través de grupos de presión, como medios para equilibrar el cambio y el progreso. Pero el éxito de este proceso ha generado nuevas demandas por parte de nuevos grupos emergentes, y una renovada resistencia a tales demandas por parte de quienes alcanzaron esos primeros reconocimientos¹².

12. He argumentado, en otra parte, que las semillas de nuestro descontento fueron, en gran parte, sembradas ostensiblemente por esas mismas fuerzas benévolas-inmigración heterogénea y pluralista; las fronteras, la Revolución, el consenso liberal, la urbanización y la industrialización, y la riqueza —que el consenso de los historiadores han citado como producto de nuestra particularidad “benigna”—. Véase “Violence in American History”. En: *To Establish Justice, To Insure Domestic Tranquility: Final Report of the National Commission on the Causes and Prevention of Violence*. Washington, D. C.: USGPO, 1969, pp. 1 - 16.

Dadas estas condiciones autoimpuestas de agresión, y dado el acceso a tales instrumentos de agresión, como las armas, la sociedad estadounidense ha sido deficientemente equipada históricamente para afrontar la violencia que ha generado. En las raíces de nuestro carácter nacional se ha encontrado un obstinado compromiso con la noción de igualdad — más específicamente, en la manera en que De Tocqueville la percibió: la igualdad de oportunidades—. David M. Potter, el preeminente investigador del carácter nacional, la ha visto como “la más pronunciada de las expresiones concretas de la creencia estadounidense en la igualdad”; el rechazo de la autoridad y un dominante tabú que ha llevado a un fuerte énfasis en la permisividad¹³. Este tabú en la autoridad ha sido, en cambio, influenciado y reforzado por un individualismo limitado y por una simpatía por el desvalido, así mismo, ha sido dotado con la mística de Robin Hood por espectaculares agentes de violencia y crimen tales como los hermanos James, Billy the Kid, Pretty Boy Floyd, John Dillinger y Bonnie and Clyde. A esto debe sumarse la Doctrina de la Ley Superior, que fue incorporada en la Revolución, en la cruzada abolicionista, y los tribunales de Núremberg, y no es difícil de comprender por qué los Estados Unidos —a pesar de una retórica oficial que propugna por lo contrario— nunca ha sido una nación sujeta a la ley.

La simpatía con los violadores de la ley

En el último cuarto de siglo se han sucedido cuatro situaciones en las cuales la mayoría de la opinión pública ha simpatizado con aquellos que quebrantan la ley: 1) con los alemanes que rechazaron la ley nazi, y particularmente con aquellos que intentaban asesinar a Hitler; 2) con los estadounidenses que rehusaron obedecer las leyes de segregación racial en el sur; 3) con los manifestantes que violaron la ley en las protestas en contra de la Guerra de Vietnam; 4) con los blancos que se negaron a obedecer los decretos de integrar las escuelas. También se ha presentado algún tipo de simpatía por los saqueadores que están atrapados en la pobreza, y por los estudiantes que quebrantan la ley, quienes reciben un trato despectivo de las autoridades escolares. El arma de la “Ley Superior” es, por supuesto, un arma de doble filo: una parte lucha por la igualdad, otra, por la libertad —una contradicción básica que ha sido, en general, poco apreciada por generaciones de estadounidenses, quienes, sin considerarlo, han dado una apreciación similar a la libertad y a la igualdad, y consecuentemente han malinterpretado la fuerza ambigua de la vida estadounidense, y han olvidado la violencia de nuestro pasado, confundidos por la violencia del presente—.

En la conclusión de nuestro reporte, observamos que este conflicto permanente es inherente al compromiso dual con la libertad y con la igualdad,

13. David M. Potter, “The Quest for the National Character”. En John Higham (ed.), *The Reconstruction of American History*. New York: Harper & Brothers, 1962. p. 216.

no obstante, no nos extendimos al respecto. Pero puede ser que la violencia en los Estados Unidos se encuentre basada —precisamente— en los valores estadounidenses. De Tocqueville observó hace mucho tiempo que los materialistas estadounidenses explotaron su libertad política en la insaciable búsqueda por la igualdad de oportunidades¹⁴. Su individualismo democrático los llevó a rechazar las sanciones originadas por la tradición, la familia, la Iglesia y el Estado; y esta libertad única, proveniente de las restricciones institucionales externas, requirió de un dominio propio, que fue impuesto a través de una enorme carga psíquica individual, en una interminable búsqueda de la igualdad material. Persistentemente, enfrentado con una realidad social que niega tal igualdad, el estadounidense democrático —y frustrado— se vuelve particularmente vulnerable a las agresiones violentas. Dada una sociedad marcadamente fluida, una economía de ciclo (*boom and bust*) y unas sanciones relativamente mínimas por parte del Estado, así como una inigualable heterogeneidad racial y étnica, son los objetivos predilectos para una agresión violenta —directa o indirecta—.

En los últimos años, dos teorías han avanzado en un intento por explicar la violencia en términos que son realmente contradictorios, la primera apelando a la derecha ideológica; la otra, a la izquierda. Alrededor de la primera se encuentra la antigua noción de que el hombre —y la mujer— son instintivamente agresivos. De acuerdo con esta tesis, que ha sido prominentemente desarrollada en los escritos científicos del etólogo austriaco Konrad Lorenz y las populares presentaciones de Robert Ardrey¹⁵, el irónico epígrafe romano *homo homini lupus* (el hombre es lobo para el hombre) representaría una calumnia para el gentil lobo. Equipados por el proceso evolutivo y con unas precarias armas físicas, el hombre (y la mujer) forzosamente desarrollan un mínimo instinto de juicio para evitar la agresión. Consecuentemente, cuando su ingeniosa tecnología produce armas de destrucción masiva, él (y ella) se convierten en las criaturas más inmorales del planeta, en particular por tener la capacidad de autodestrucción. El origen de la pulsión de muerte freudiana —*el Tánatos*— ha sido ubicado persistentemente en términos darwinistas.

En una era de misiles, una rampante sobrepoblación y la contaminación ambiental, es comprensible que los científicos sociales radicales y liberales estén horrorizados por las profundas implicaciones que contienen las posturas conservadoras al señalar que el hombre es instintivamente

14. Estoy en deuda con John William Ward por sus perspicaces comentarios al artículo de Michael Wallace, “The Uses of Violence in American History”, presentado en la reunión de la Asociación Histórica Americana en Washington D. C., Diciembre 28 de 1969.

15. Konrad Lorenz, *On Aggression* (New York: Bantam Books, 1967) [Trad. en castellano: *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI Editores, 1978]; y Robert Ardrey, *The Territorial Imperative* (New York: Dell Publishing Co., 1966). Para una crítica liberal, véase M. F. Ashley Montagu, ed., *Man and Aggression* (New York: Oxford University Press, 1968) [Trad. en castellano: *Hombr e y agresión*. Barcelona: Editorial Kairós, 1970].

agresivo. Así pues, ellos deben deplorar un inherente fatalismo que basa la esperanza del hombre en la supervivencia en caminos frágiles como la promoción de un tipo de válvula simbólica de seguridad en las competencias internacionales de deportes y en el espacio. Confieso que he estado decepcionado, incluso realmente sorprendido, al grado en el que una simple mención a Lorenz o Ardrey en los círculos académicos liberales puede generar respuestas dogmáticas y emocionales que enferman a los científicos sociales capaces de desarrollar una hipótesis razonable sobre el comportamiento humano. Pero el científico social está en una posición en la que insiste que la cultura es una determinante poderosa —si no omnipotente— de la propensión del hombre a la violencia; observemos el hecho melancólico de que la isla de Manhattan, con una población de 1,7 millones de habitantes, en años recientes ha producido más asesinatos por año que toda Inglaterra y Gales juntos, con una población de 49 millones de habitantes. No es necesario enredarse en el interminable debate sobre el huevo y la gallina o sobre la naturaleza y la cultura para observar que el hombre (y la mujer) tienen la capacidad cultural tanto para minimizar como maximizar su tendencia a la violencia.

Para Marx y Beard

Pero la tesis de que el hombre y la mujer son innatamente agresivos, al avanzar en una explicación sobre la violencia humana, señalamos que los fundadores no tenían las bases para una evidencia comparada. También podemos entender esto como una objeción moral fundamental. Porque si todos somos culpables, ninguno es culpable.

Siendo demasiados sensibles a esta dimensión moral, y abrumados por la perspectiva hobbesiana de la naturaleza humana que está implícita en la premisa que indica que la agresión humana es innata, los historiadores contemporáneos de la “Nueva Izquierda” no se han inclinado hacia Darwin o Freud, sino a Marx —o al menos a Beard—: la violencia en los Estados Unidos ha sido consecuencia —principalmente— del ejercicio del poder represivo de los hombres del Estado en defensa de los privilegios que poseen y del *statu quo*. Según esta fórmula, la violencia en Estados Unidos no ha sido paradójica, porque “la violencia y las instituciones estables, en lugar de ser factores opuestos, convergen”¹⁶.

Esta negación de la paradoja, sin embargo, deconstruye el argumento presentado aquí, el cual indica que la violencia y las instituciones estables no son *necesariamente* opuestas. Por supuesto, la violencia y las instituciones estables *pueden* converger, como en las sociedades totalitarias en donde el reino del terror sustenta el Estado, en la ausencia de una legitimidad percibida. Claramente, tales afirmaciones reflejan la concepción presente y la creciente hostilidad en la izquierda hacia un

16. Comentado por Douglas T. Miller en una primera versión de este artículo, y leído en la reunión de la Organización de Historiadores Americanos en Los Ángeles, abril 16 de 1970.

comportamiento del gobierno estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial, por razones que son aparentes y no necesitan ser señaladas aquí¹⁷. Pero estos sucesos reprobables de la postguerra parecen reflejar una discontinuidad con nuestro pasado; si el común histórico de la violencia en los Estados Unidos es demostrable, el poder y la actividad del Estado norteamericano han crecido enormemente durante los años de la postguerra. A pesar de las recientes comparaciones populares con el Tercer Reich, los Estados Unidos no ha sido una sociedad totalitaria y los historiadores molestos con el comportamiento actual del Estado deben evitar proyectar estos presupuestos en el pasado.

Esto no sirve para negar que gran parte de la violencia a lo largo de nuestra historia ha “servido para el establecimiento (*establishment*) dominante” —y que habitualmente ha sido “generada desde lo alto de la sociedad, no desde las bases, y se ha dirigido a la represión, no a la innovación”¹⁸—. La naturaleza represiva del habitante estadounidense es una historia vieja y familiar. La principal autoridad en el tema de la *vigilancia* (*vigilantism*) de los Estados Unidos, Richard Maxwell Brown ha descrito los grupos vigilantes como élites predominantemente locales, organizadas para sostener los valores comunitarios y la propiedad —hombres eminentes para quienes es fácil identificar “quién es quién”¹⁹—. En un estudio reciente Leonard L. Richards ha descrito los líderes del antiabolucionismo en los Estados Unidos de Jackson²⁰ como “señores de la propiedad”²¹. Para hacer un resumen de la historia de la violencia en los Estados Unidos “desde las bases” no se debe suponer que el predominio de la violencia emane de los órdenes sociales más bajos. El punto de este análisis es enfatizar que la estructura federal capitalista de los Estados Unidos históricamente ha disgregado nuestros grupos raciales, étnicos y económicos, unos contra otros, en lugar de enfrentarlos contra el Estado y sus instituciones; esto hasta hace poco, en comparación con otras sociedades, era inusualmente exaltado, aislado, e incluso indiferente —ocasionalmente se dirigían contra un agresor—, pero raramente contra un objetivo. Para afirmar que las instituciones públicas de una sociedad están inmunes a las agitaciones que las rodean, no hay que negar la acusación moral influida por el dolor y la angustia. Es sólo un intento por explicar un importante fenómeno histórico, y la evidencia histórica y comparativa ha permitido mostrar nuevas perspectivas sobre un tema, que parece paradójico, pero que nunca antes ha sido tan real.

17. Michael Wallace argumenta, en este sentido, que la violencia en los Estados Unidos ha sido represiva, mientras que en Europa ha sido expresiva y generada “desde abajo”.

18. Véase “The American Vigilante Tradition”, en *Violence in America 1*, pp. 121-170.

19. Andrew Jackson (1767-1845), presidente de los Estados Unidos en el período 1829- 1837.

20. *Gentlemen of Property and Standing: Anti-Abolitionist Mobs in Jacksonian America* (Oxford University Press, 1970).

21. *Gentlemen of Property and Standing: Anti-Abolitionist Mobs in Jacksonian America* (Oxford University Press, 1970).